

UN MÉDICO MUY ESPECIAL. La sabiduría curativa del beato Míguez, fundador de las Calasancias

CARMEN GUIRADO RODRÍGUEZ-MORA

INTRODUCCIÓN

«No sólo curar la enfermedad del *hic et nunc*, sino
prevenir la posible *morbilidad futura*».

Estas palabras —reveladoras de la honda sabiduría del P. Míguez— fueron pronunciadas ante célebres Doctores de la Universidad de Sevilla, en un homenaje que le dedicaron, por haber curado a un Catedrático de derecho, desahuciado por los Catedráticos de Medicina de dicha Universidad. Presidían el acto los Señores Infantes de Orleans y autoridades de Cádiz, Huelva, San Lúcar de Barrameda y Salamanca.

Podemos decir que el P. Míguez ha tenido la clarividencia de precisar, en sus enseñanzas, y en su actuar —eminentemente humanitario— las bases de la futurología, ciencia especial, que hoy aceptamos como base de muchas actitudes y actuaciones, pero sin dañar a la generación del mañana. Míguez procuraba siempre evitar errores. Tenía la sabiduría innata, recibida como un carisma especial.

Intentaré perfilar su fisionomía y figura en la totalidad de su grandeza, pues posee multitud de facetas. Aquí, con todo, me limitaré a su proyección médica, como digno galeno de su época, y a su farmacopea, que le proyecta a crear un laboratorio que lleva su nombre, y persiste actualmente.

Con ocasión de su beatificación, el P. Isorna nos habla del P. Faustino Míguez, y la M. Sacramento Calderón ha escrito una clarividente biografía suya, titulada: *Buscando la voluntad de Dios*. Ambos autores nos ayudan a descubrir su personalidad.

El P. Míguez era gallego, por eso su foto aparece junto a un «cruceiro» en un cruce de caminos de Celanova (Orense). El brazo izquierdo de este «cruceiro» señalaba hacia *Xamirás*, lugar de su nacimiento. Consta que su primer paseo a Celanova —tierra de San Rosendo— le impresionó, y debió de marcar su psique de niño, ya entonces observador e impresionable. El Monasterio de Celanova es uno de los monumentos más grandiosos del barroco orensano. En su huerta se conserva una capilla granítica mozárabe. Ante la cruz pétrea se quedó como extasiado. Y, conocida su vida de estudiante, su «diátesis», podemos imaginar sus silenciosos diálogos con el Crucificado.

Como señalé en otra ocasión, el P. Míguez fue destacado especialista en medicina psicosomática. Es conveniente que diga mi itinerario de estudiante: Una de mis asignaturas de Tesis la cursé con Marañón, y dejó su impronta fuerte en mí. Tuve que definir lo que era la medicina para mí, y al definirlo, me autodefinía yo misma ante el docto doctor. Creo que di mi respuesta personal: «Es la ciencia del saber, ante todo, anatomía y fisiología, a la vez que el saber aplicar lo que debemos saber, y saber lo que debemos aplicar». Estas palabras permanecieron escritas un tiempo en la tablilla, y fueron objeto de análisis detallados. Marañón tenía como profesor adjunto a Vicente Pozuelo, quien organizó un par de años después un cursillo sobre la urgencia de hacer medicina con sentido psicosomático. Asistí a dicho cursillo, invitada por él, y me confesó que fue mi definición la que le inspiró su cursillo. Era una visión humanitaria la que modeló mi aprendizaje.

Otro doctor y escritor extraordinario fue el gallego Juan Rof Carballo, que acuñó la fórmula de la «urdimbre afectiva». Él establece la escuela psicosomática de profunda influencia psiquiátrica. Conocí, pues, plenamente ambas tendencias: La psicosomática hipocrática, y la psicosomática psiquiátrica. Creo que no se trata de teorías enfrentadas, sino complementarias. Desde ellas, analicé cómo fue la actividad del P. Faustino con los enfermos. Y vi claramente que ejercía esa simbiosis de ambas posturas.

ALGUNOS DATOS BIOGRÁFICOS

Nace en la aldea de Xamirás (Orense), y es bautizado en la parroquia de Acebedo del Río, cerca de Celanova, el 24 de marzo de 1831. La historia de su vida personal y profesional está arraigada en su propio hogar, formación cristiana, estudios, sentido de la responsabilidad, que, desde muy pequeño le marcó para siempre. Años después se manifestará como un sabio carismático en San Lúcar de Barrameda. Y los gaditanos acudían a sus consultas, confiados y seguros. Allí alcanza un exitazo extraordinario. Siendo un religioso silencioso y humilde, acuden a él, no solamente la gente del pueblo, sino Catedráticos de la Universidad Hispalense, y de otras partes de España. En el fondo, estaba su experiencia infantil de Celanova, con el tañido dulce de las campanas y el verdor de ese rincón galaico.

Decía Benavente que los hombres buenos habían tenido una niñez feliz. El niño Míguez aprendió, ya desde el hogar, a ver todo a la luz del misterio de Dios, desde su experiencia de un amor materno y paterno, que modelaron su existencia.

Era el cuarto hijo de la familia, y, por ser el más pequeño, le tocó vivir una cierta soledad, dado que sus hermanos eran mayores, y sólo podía relacionarse con sus amigos de infancia. Aprendió a amar la Naturaleza, y a descubrir la belleza del paisaje, bajo la luz tamizada de los atardeceres. La soledad vivencial crea personas sociables, por paradójico que pueda parecer. En ciertos aspectos, el P. Míguez me recuerda a San Agustín; sin que él haya tenido que pasar por experiencias de paganismo y cristianismo.

Tiene espíritu observador, y va reconociendo cada una de las yerbas y plantas medicinales. Más tarde, en Cuba, contará sus experiencias al respecto. A orillas del riachuelo crecían los acebos, planta que los druidas tuvieron por sanativas. Una vie-

jecita aldeana le cuenta preciosas leyendas de dichas plantas, que él va asimilando en su conciencia infantil; pero que le valdrán en su adultez serena equilibrada y ansiosa de saber más, y experimentar personalmente las virtudes de las plantas. En la escuela municipal destaca como muy estudioso y responsable. Y, a sus 16 años, decide hacerse religioso-sacerdote. Ingresa en Los Milagros, en Celanova, y aprende latín y humanidades. Su encuentro con un Escolapio decide su futuro: Ingresa en el noviciado de las Escuelas Pías. Era el 5 de diciembre del año 1850. después cursa sus estudios de filosofía y de teología; pero también matemáticas, derecho canónico, química, así como teología moral. La Historia natural, la física y la química le interesaron sobremanera.

En la parroquia de San Marcos de Madrid —que guarda para mí y mi familia recuerdos imborrables— fue ordenado de Diácono el P. Míguez, por el Cardenal Arzobispo de Toledo, el año 1855; y de presbítero, en el Burgo de Osma (Soria), el 8 de marzo del año siguiente. Dada su capacidad y juventud, es destinado a Cuba, donde los Escolapios fundan Escuelas y Colegios para la formación de maestros, que erradiquen el analfabetismo existente a la época en la isla colonial española. Se encuentra con el Arzobispo de La Habana, Antonio María Claret —más tarde fundador de los PP. del Corazón de María o Claretianos—, que había solicitado a España escolapios. A sus 26 años, el P. Míguez será uno de los que van a dejar su huella profunda en la capital cubana. ¡Coinciden, pues, dos Fundadores —de edad y categoría entonces muy distintas, pero de semejante espíritu creador— en la Cuba española de los primeros años de la segunda mitad del siglo XIX!

Era dura la tarea en Cuba, pero resultó benéfica y enriquecedora para el joven escolapio orensano. Enseñó desde agricultura hasta historia natural, pasando por geografía e historia, física y química. Y tuvo relación directa con los galenos y curanderos de la isla. Le interesó mucho su praxis, y aprendió el arte de hacer ciertas curaciones a base de medicina natural, diríamos hoy. Como sacerdote se interesó por las dolencias espirituales de la gente; pero también le preocupó siempre el sufrimiento humano y la forma precisa de suavizarlo, si no podía eliminarlo del todo. El ser humano era, para él, una unidad psicósomática, en interacción de ambos componentes inseparables, si bien distintos. A los escolapios se debió la formación seria de los cubanos. Mi abuelo —que vivió allí varios años, en sus «ingenios»— dejó escrito en un rotativo de la época: «Si a nivel militar se perdía nuestro imperio colonial cubano, a nivel de formación intelectual, gracias a la actuación de los escolapios, si no para España, sí por España, teníamos el orgullo de haber dado a Cuba unos inapreciables fundamentos culturales».

Bajo la supervisión del P. Míguez, los escolapios implantaron allí, en las Escuelas Normales, la horticultura y la cría de animales, trabajando, a la vez, en un Colegio de prácticas, donde se experimentaba aquello que se enseñaba.

En 1859 se siente muy enfermo, y escribe a su hermano José haciéndole saber que el dictamen de su médico es alarmante. Dormía poco, y el trabajo era febril. Parece ser que llegó a sufrir una seria «intoxicación» el técnico que importó, para sus colegios, de EE.UU. unos modernísimos gabinetes de física y química. Pero el P. Faustino supo curarle a tiempo y eficazmente. Allí aprende del P. Clerch mucha historia natural, mientras evangelizaba y hacía labor pastoral intensa. Se resiente en sus fuerzas, y se ve obligado a regresar a España con una grave afección hepática. Era el año 1860.

Entristecido abandona Cuba, y regresa a España, donde, más tarde, se sentirá con «carisma fundacional». Sin ser médico, logró curaciones; sin esta especialidad, dejó toda una farmacopea y recetas de medicaciones naturales, que todavía hoy se venden.

ANÉCDOTAS Y DESTINOS

Vivo frente a la Embajada de Cuba. Hace un tiempo pasó por aquí una señora que me certificó que su abuelo, cuando era niño padecía mucho de estómago. Y «lo había curado un sacerdote escolapio español, al descubrir que lo que tenía era debido al agua que bebía». Era, ciertamente, el P. Míguez.

Regreso —para curarse aquí— de Cuba, al colegio de San Fernando. Y el 24 de julio de 1860 se le destina ya a dar clases a unos niños, él que podía ir a la Universidad. Pero admitió siempre la obediencia, como fraile consagrado, en cumplimiento de su voto.

Con el recuerdo de sus clases en Guanabacoa (Cuba), colecciona plantas medicinales y ejerce de bibliotecario, lo que le facilita conocer directamente aquellos tratados interesantes para ejercer la medicina. En 1869 dicta clases en el colegio de Sanlúcar de Barrameda, donde sobresale por sus conocimientos físico-químicos y botánico-médicos.

En 1873 es destinado al Escorial como bibliotecario, nuevamente. Aprovecha para seguir leyendo obras de medicina, y perfeccionarse en lenguas orientales.

Entre 1875 y 1878 ejerce de Rector en el colegio de Monforte de Lemos (Lugo): Enseña ciencias naturales, física, química, francés e inglés, sin olvidarse del cultivo de plantas medicinales. Dice textualmente el P. Isorna: «Su paso por Monforte dejó una estela de admiración por el fulgor de su sabiduría y de sus acendradas virtudes, grato resplandor de santidad».

Pero, cuando a primeros de septiembre de 1978 regresa a Sanlúcar, lleva en su mente la fundación de las *Calasancias de la Divina Pastora*. Nace así este Instituto femenino dedicado a la enseñanza, que actualmente está ya dividido en Provincias, y que guarda su cuerpo «incorrupto», su «botica» y las «fórmulas farmacéuticas» escritas de puño y letra, en Getafe. De nuevo el P. Isorna sintetiza su espíritu, al decirnos que era «jovial, alegre, cercano, exigente, amable, comprensivo, dialogante, paciente orientador, atento constantemente al desarrollo psicológico de sus alumnos». Yo añadiría que, además, atento siempre a su desarrollo psico-físico, buscando la integración de la personalidad de alumnos y alumnas.

Desde 1885 hasta el día de hoy su Instituto de Religiosas Calasancias se extiende por toda España, de Andalucía a Galicia, pasando por Madrid, así como a otros países: Chile, Argentina, Uruguay, Colombia, Nicaragua, Ecuador, Costa Rica, Guinea Ecuatorial, Camerún... En España están presentes en Sanlúcar, Chipiona, Villamartín, Martos, Sevilla, Granada, Getafe, Monóvar, Aspe, Daimiel, Beas de Segura, Madrid, Almazán, Belacázar y Alicante. Y su tierra natal, Galicia, las acoge con gozo y gratitud, en Monforte de Lemos, Orense, Pontevedra, Dorrón, Vigo, Coruña y Santiago de Compostela.

Escribieron sobre él: la madre Sacramento, el escolapio P. José Cerdeiriña, el historiador gallego Jesús Taboada, Couceiro Freijomil (1952), Cesáreo Gil Atrio y los Obispos Leopoldo Eijo Garay, Obispo-Patriarca de Madrid-Alcalá —que presidió la sesión de apertura de su Beatificación—, y el Obispo de Astorga y Cartagena, escolapio y orensano, Padre Vicente Alonso y Salgado.

CURABA MEJOR QUE MUCHOS MÉDICOS

Esto es comprobable, y forma parte de su vida. En él se cumplen las cualidades que requiere el Dr. Gregorio Marañón para ejercer la actividad médica:

«Si ser médico es entregar la vida a la misión elegida;
si ser médico es no cansarse de estudiar y tener todos los días
la humildad de aprender una nueva lección cotidiana;
si ser médico es hacer de la ambición nobleza,
del interés generosidad, del tiempo destiempo,
y de la ciencia servicio al hombre, hijo de Dios;
si ser médico es amor, infinito amor a nuestro semejante
y acogerlo, sea quien sea, entonces
ser médico es la divina ilusión de que el dolor sea goce,
la enfermedad salud, y la muerte vida».

Palabras que parecen una radiografía de nuestro fraile, profesor, en poder del don curativo, fruto de su sensibilidad y tenacidad en experimentar y seguir siempre aprendiendo, en libros, y en el ejercicio de la fraternidad, no solo ayudando en el espíritu, sino asimismo en los aspectos psico-somáticos del ser humano.

Sus destinos variados, la fundación de las Calasancias de la divina Pastora, sus clases a niñas analfabetas de Andalucía; su cultivo de plantas medicinales en Monforte de Lemos; el mismo sufrimiento que supuso que cierta clase médica, en Sanlúcar, se opusiese a sus actividades de curar enfermos; los diversos traslados..., todo fue para él ocasión de perfeccionarse en su conocimiento y amor al ser humano. Curó a médicos, a hijas de Doctores; y llevó el consuelo a la misma Reina Regente María Cristina, angustiada por el tratamiento de los mejores médicos de la Corte madrileña, al ver que su pequeño Alfonso —que sería el Rey Alfonso XII— a sus 4 añitos, se debatía entre la vida y la muerte. Le sugieren acuda al P. Míguez, y éste fue llamado a Palacio, y se realizó el prodigio: ¡El niño se curó! Muchos médicos, más tarde, le rindieron homenaje.

SUS PROCEDIMIENTOS MÉDICOS

Utilizaba el sentido común y el arte de la medicina psicosomática, entregándose al enfermo, con paciencia, amor y sin limitación de tiempo. Recetaba medicamentos que hoy llamaríamos «naturalistas», que le ofrecían garantía, después de haber experimentado su eficacia.

Me decía el Dr. Rof Carballo, hablando de la urdimbre afectiva, que nosotros, los médicos, que intentamos serlo en el aspecto psicosomático, tenemos que tener siempre

presente el ideal, sin angustiarnos, esperando en la capacidad del ser humano, y siendo consciente de las limitaciones.

En suma, el P. Míguez, sobresalió en el don de la sanación; y destacó en la caridad para con el hermano, que hace siempre maravillas. Su beatificación es la prueba mayor de que logró —en medio de ciertas persecuciones médicas, en Sanlúcar, sobre todo— no perder nunca su ánimo, al contrario fue medicina para quien sufría, y supo compartir con él penas y alegrías. Cuando devolvía la salud a un enfermo, se estaba identificando con Cristo mismo, que dijo: «Yo soy la Vida». ¡Podría proponerse como Patrono de quienes ejercen la Medicina psicosomática!